

CARTA A AMALIO GARCIA-ARIAS

por Flora Embid

ME pides, querido Amalio, mi modesta colaboración para el libro —homenaje a la amistad— que proyecta un grupo de amigos de mi llorado sobrino Florentino, y aunque la pobreza de mi pluma me retrae, el estímulo de mi corazón sacrifica esta timidez en aras de mi cariño, casi maternal.

Tú no puedes acordarte, porque no habías nacido, pero quizá lo hayas oído, que mi hermana Elvira, la madre de Florentino, nacida en Burgos, como todas nosotras, vino a Aracena, de cinco años, a vivir con la tía que quedó viuda del farmacéutico, joven y sin descendencia.

Al contraer matrimonio mi hermana, vine yo a suplirla en la atención a la tía, con lo que nuestras vidas, en aquellos años, transcurrieron muy unidas, ya que mi hermana permanecía en su nueva casa el menor tiempo posible.

Nació Florentino, después de dos hermanitos malogrados, el 12 de julio de 1918 y como deferencia a la «abuela» se le impuso su nombre. Dos años más tarde llegó Ismael. Y el 1 de diciembre de 1922 fallecía su padre, a los treinta y ocho años, con el corazón prematuramente exhausto por excesiva obesidad. Quedaron, por tanto, los niños huérfanos, de cuatro y dos años, respectivamente.

Este doloroso acontecimiento estrechó aún más nuestra convivencia, pues los dos niños, tan queridos y mimados por la abuela y la tita Flora, preferían a su casa la nuestra, en la que actuaban de tiranuelos. Tanto quería la abuela a «Tinito» que los primeros años dormía en su dormitorio, no queriendo mi hermana privarla de este capricho; así que la tita Flora era la encargada de mecer la cuna y cantarle la «Nana» cada noche hasta que Morfeo venía a cerrar sus lindos párpados.

Florentino fue siempre encantador y buenísimo, superdotado intelectualmente desde su más tierna edad. Su padre tuvo ya la satisfacción de verle componer su

nombre ágilmente con las letritas de pasta de sopa, antes de los cuatro años. Las primeras letras las aprendió en el Colegio de Esclavas Concepcionistas, que a la sazón existía en Aracena y en el que hizo la primera comunión con la añoranza de su padre. Después asistió a otro colegio que dirigió un sacerdote para los primeros años de bachillerato. Interesándome yo

Con su madre y hermano. Junio 1929.



FLORENTINO PEREZ-EMBID

un día por la conducta y aprovechamiento del niño, me dijo el director que era muy juguetón y estudiaba poco, pero cuando le preguntaba, hacía unas síntesis que mejoraban, sin duda alguna, el texto.

Con el fin de habituarle al estudio y disciplina, le internó su madre en el Colegio de los Padres Escolapios de Sevilla durante un par de años o poco más. Los últimos años de bachillerato los estudió en Aracena recibiendo algunas clases especiales del registrador, que preparaba también a un hijo suyo; del farmacéutico, etc., examinándose como alumno libre, en Huelva, en Higuera la Real... Yo acompañaba a su madre en estas ocasiones. Y recuerdo a este respecto un examen que presencié creo que en este último pueblo. Fue un examen de Ciencias de sexto, pero ya no puedo precisar bien. Sí recuerdo que los señores que componían el tribunal, indiferentes y aburridos, paseaban sus miradas por el salón, hasta que al escuchar al examinando, adolescente, casi niño, tomaron postura, prestando suma atención. Se trataba de fórmulas a desarrollar en la pizarra sobre algún tema de electricidad, del que yo no entendía palabra, pero seguía, sin pestañear, las actitudes del tribunal. A punto de terminar, le dijo el profesor: «Me vas a contestar a una pregunta. No te preocupes si no la sabes: tienes ya el sobresaliente en la mano. Si se cambiara la fórmula X en tal sentido, ¿qué nos daría?»... Silencio en el salón... expectación en el tribunal... unos momentos de reflexión de Florentino... Y... la respuesta positiva, segura, precisa. Y... una fuerte palmada de aprobación del profesor sobre la mesa: «Muy bien, puedes retirarte.» Con una matrícula, claro está.

Con su madre y hermano en la dehesa «Casa Toril».



Monte Acosta. 4 enero 1948. Foto de F. P.-E.

A los pocos días, el farmacéutico de Aracena recibía la visita de unos «turistas» extremeños, que le felicitaban por la preparación de los chicos. Él contestó sin jactancia: «Ese muchacho prestigia a todos sus profesores.»

Los días más felices de mi vida en el mundo los viví con ellos en las temporadas que pasábamos en su finca «Monte Acosta», durante la siega del heno en primavera o en la montanera: en el contacto con la naturaleza, el solemne paisaje de adelfas y encinas —que tan poéticamente describió Florentino en sus *Paisajes de la tierra y del alma*— bajo la luz intensa del cielo tan cercano, palpita sin remedio un grave sentido religioso, que él tan fielmente supo captar, y yo con él. Sus juegos e ingenuidades ponían sus notas de alegría a mis pacíficas ambiciones. Reconozco con satisfacción que, casi sin proponérmelo, influí mucho en la formación de ambos, y, cada uno en su andadura, fueron mi orgullo y mi consuelo. Pero el Señor, en sus inescrutables designios, me privó de los dos contra toda previsión.

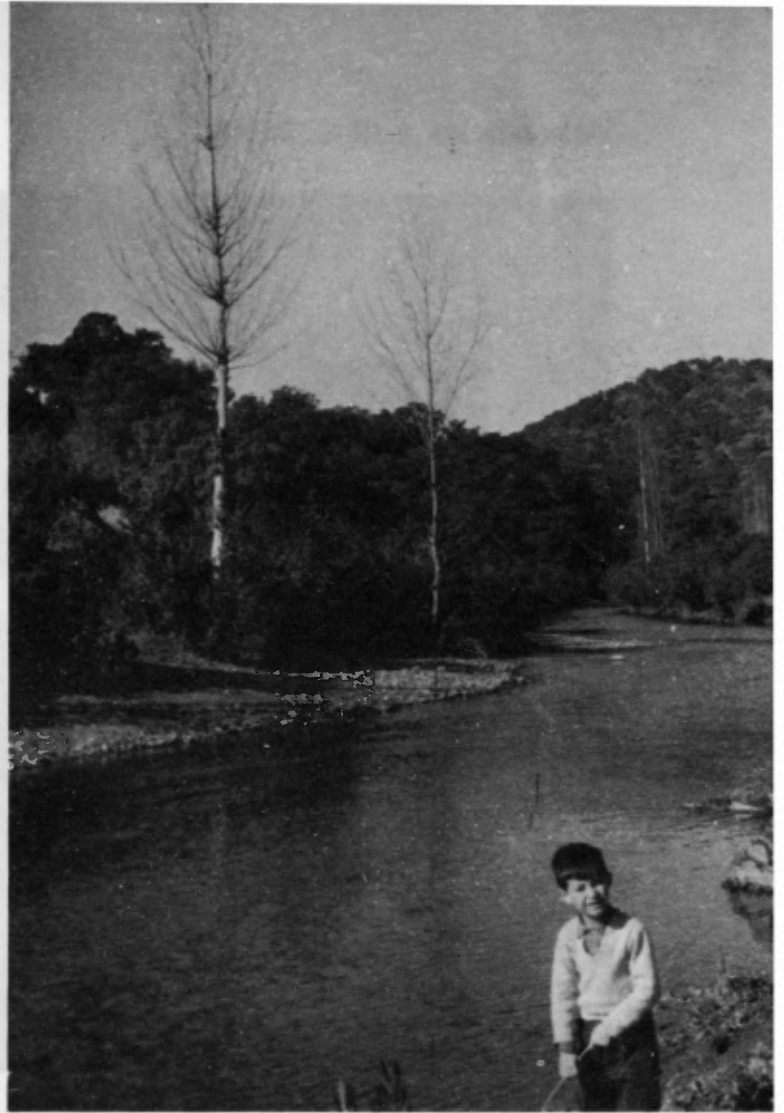
En 1935 y después de varios años de inconsciencia senil fallecía la tía Florentina, a sus ochenta y tres años, y con ella puse fin a mi misión de caridad de aquella etapa. Como a Saulo de Tarso, una voz autorizada me señaló en aquellos momentos el camino a seguir, y aunque mi cariño por los niños y algún otro familiar intentó hacer valer sus derechos, triunfó la llamada del Señor y me dirigí a Madrid, a dar mi nombre a la Compañía de las Hijas de la Caridad, haciendo caso omiso de los nubarrones que se cernían sobre el cielo de España, no porque los ignorara, sino porque me acuciaban mis años, que ya me constituían en obrera de la hora de nona de la parábola evangélica.

Y, en efecto, a los pocos días estalló el Movimiento Nacional, incomunicándome con los míos durante tres años ¡de prueba! ¡Cuánto sufrí pensando en la suerte que correría Florentino con sus dieciocho años! Porque Ismael era más joven y a la sazón se encontraba

sometido a un severo tratamiento médico. Rodé por el Madrid rojo, amparada por algunos parientes, y trabajé en un colegio de «emboscados». A los dos años recibí por la Cruz Roja Internacional la primera y única noticia: «Vivimos todos sin novedad.» Lloré de alegría. Al finalizar la guerra me incorporé a mi Compañía, no sin antes ir a Aracena a abrazar a todos los míos, que ya radicaban en Sevilla.

Y... poco más, querido Amalio. Sabes tú mucho más que yo de mi llorado Florentino. Treinta y ocho años que me separé físicamente de él no consiguieron reducir ni un ápice mi cariño. Los primeros años, en sus frecuentes viajes a Madrid, me visitaba en el Colegio de Huérfanas de Militares de Carabanchel, donde trabajé hasta el año 46, en que pasé a la Secretaría de la Casa Provincial de Madrid. Ya en aquellos años cristalizaba su vocación política, que siempre me contrarió. No obstante sus múltiples actividades, cada tres o cuatro meses hacía una escapatoria, aunque fuera breve y siempre excusándose: «No me riñas.» Si hacía viajes por el extranjero me enviaba postales, sin omitir nunca el «Reza por mí» y su cariñosa firma infantil «Tinito». Me satisfacía, ¿cómo no?, su destacada personalidad, pero lamentaba la vorágine de su vida. En una ocasión, venía tan fatigado que se desplomó en un sillón del recibidor diciéndome: «¿A que no sabes lo que más me cuesta en el mundo?» «¡Qué sé yo!», respondí. «¡Trabajar!»... «Pues bien lo disimulas, hijo mío. ¿Por qué trabajas como un loco?»... Su respuesta: «Porque creo en Dios»... Sin comentario. Superó mi ambición...

Y quiero terminar: tú le trataste mucho más que yo y conociste más a fondo sus bondades y sus limitaciones. Pero creo que hizo mucho bien a cuantos le tendieron la mano, sin acepción de personas ni de ideologías. Cifró su felicidad en sus trabajos y en sus amigos, sin pensar en un ocaso, que a mí me preocupaba mucho y a él nada. ¿Intuía que no lo alcanzaría?... El primer infarto le dio ocasión de presentirlo. No obstante, amaba la vida y como Josué hubiera detenido el curso del Sol hasta ver logradas algunas de sus nobles ambiciones. El Señor, siempre misericordioso, apenas le dio oportunidad de presentir el final o fue muy rápido. Llegué desolada, tan sólo a contemplar y abrazar



Fotografía de su sobrino Javier en Monte Acosta, por F. P.-E.

aquellos amados restos en los que se reflejaba la placidez de su alma.

Puede decirse, y lo digo con pena, que ha sido su desaparición la que me ha dado a conocer su relevante personalidad y la fecundidad de sus complejas actividades. Conservo y repaso con fruición los numerosos artículos necrológicos de sus buenos amigos, a todos los cuales agradezco desde estas líneas el afecto que le profesaron y al que él correspondía con toda la nobleza de su corazón sin fronteras. Quizá me he excedido en la dimensión de este testimonio, pobre en su redacción, pero el primero en el amor que lo ha dictado.